

Construir memoria: ‘La composición’ de Silvia Schujer, ‘No hay tumbas para la verdad’ de Graciela Bialek, y ‘La mano en la pared’ de Margara Averbach

Graciela Noemí Caram

Colegio Nacional de La Plata, UNLP

Construir memoria es un acto político y una práctica social.

La memoria es un campo en tensión donde se construyen, refuerzan, retan y transforman jerarquías, desigualdades y exclusiones sociales.

También es una esfera donde se tejen legitimidades, amistades y enemistades políticas y sociales. En una sociedad en conflicto, la guerra produce un cierto tipo de orden fundado en la polarización. Esa polarización se despliega no solo en los campos de batalla sino que también deja su impronta en todos los espacios de la vida en sociedad.

Los actores de uno u otro lado buscan instaurar sus versiones del pasado como verdades absolutas y presentan sus intereses particulares como demandas patrióticas o revolucionario-populares. En este afán de control de la historia y de la memoria, se manipulan las versiones sobre lo ocurrido para justificar acciones y estigmatizan las interpretaciones políticas y sociales que son adversas.

En un contexto así, un esfuerzo de búsqueda de justicia para las víctimas precisa oponerse a la imposición de una memoria política, la de los vencedores de uno u otro cuño, que legitimaría los actos cometidos así fuesen las peores atrocidades, justificándolas por el hecho de estar defendiendo a “la patria” .

Entonces: Como lograr la democratización de la memoria? En primer lugar, el proceso de democratización pasa por considerar la memoria, aún la personal, como resultado de prácticas políticas y sociales producto de la confrontación de actores con distintos grados de poder. No nacemos con una memoria; la construimos a lo largo de nuestras vidas en una relación continua con los demás y en aprendizaje social. Ese carácter social de las memorias se hace más palpable cuando reconocemos que los seres humanos podemos recordar sin necesariamente compartir en forma explícita nuestros recuerdos con otros y, sin embargo, esos recuerdos por más íntimos que sean, responden a experiencias que se inscriben en marcos interpretativos que les confieren un sentido. Esos marcos interpretativos no son del orden individual sino

que responden a procesos colectivos e institucionales.

En general, esos marcos son producto de la intervención de instituciones —la familia, la iglesia, la escuela, las universidades, las artes, la prensa, la radio, la televisión, las organizaciones no gubernamentales, los partidos, los grupos juveniles y de personas que en lo comunitario cumplen el papel de líderes y orientadores sociales como los maestros y profesores, los sacerdotes, los funcionarios o las autoridades—. Mediante todo este conjunto de intervenciones, aprendemos ciertas formas de recordar, seleccionar y articular nuestros recuerdos.

Ahora bien, a nosotros como educadores nos compete la escuela y esta siempre tuvo que ver con la transmisión, aunque se soslayara el empleo de este término. En la actualidad asistimos a una resignificación de ese concepto al inspeccionar qué es lo que ocurre con aquello que es objeto de lo que se pretende transmitir, no sólo con los conceptos provenientes de diferentes campos disciplinares, sino también, en especial, con los saberes diversos que se entranan en el tejido de la memoria colectiva. En el caso del pasado reciente esa reflexión se hace todavía más necesaria porque el valor de la vida propia y ajena estuvo en franca cuestión. Y porque el Estado fue el mayor violador de las leyes que justamente debía sostener tomando la forma de un poder desaparecedor que buscó la aniquilación del recuerdo.

Y extrañamente, esta reconstrucción de nuestra memoria reciente la encontramos más en la Literatura que en las Ciencias Históricas en sí.

Si recordamos un poco, veremos que las prohibiciones se instalaron en todos los frentes, hubo un espacio que el ojo del censor vigiló con firmeza: el de la literatura infantil. Los militares se sentían en la obligación moral de preservar a la niñez de aquellos libros que —a su entender— ponían en cuestión valores sagrados como la familia, la religión o la patria. Gran parte de ese control era ejercido a través de la escuela, tal como demuestran las instrucciones de la “Operación Claridad” (firmadas por el jefe del Estado Mayor del Ejército, Roberto Viola), ideadas para detectar y secuestrar bibliografía marxista e identificar a los docentes que aconsejaban libros subversivos.³³

Precisamente en este campo de la reconstrucción de la memoria, analizaremos estos tres cuentos que, a partir de distintas voces ayudan a que nunca más se silencien las memoria y los hechos.

Se descuenta que estos cuentos podrán ser leído sólo si los alumnos conocen sobre el contexto en el que se desarrolla la acción por lo cual resulta importante incluir su lectura en una secuencia en la que previamente se realizan actividades con otros recursos vinculados con el tema. Resulta importante que los alumnos construyan los siguientes conceptos: Dictadura militar ‘76/’83, terrorismo de Estado, secuestro y desaparición de personas, el miedo como método para silenciar toda oposición y la resistencia y la complicidad de distintos sectores de la población.

³³ www.imaginaria.com.ar/04/8/prohibidos.htm

‘La composición’ de Silvia Schujer

Hablar de Silvia Shujer es redundante, solo basta recordar su novela ‘Las visitas’ (1991) como una bienvenida transgresión al género juvenil dado que es una novela para adolescentes de hoy. En ella, la mirada del protagonista parte de la ingenuidad infantil y llega a los más difíciles descubrimientos: el padre preso, la nueva pareja de la madre, la adolescencia conflictiva de la hermana. Un libro que combina la crudeza y el amor, el desamparo y la ternura.

‘La composición’ (1977) es un cuento que conforma el libro ‘Nuevos cuentos argentinos. Antología para gente joven’ (2001), Buenos Aires, Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara Infantil. Su epígrafe ya nos ubica en el tema:

A las madres que buscan a sus hijos. A los hijos de esos hijos. A las abuelas que quieren encontrarlos.

La protagonista es Inés, una nena de primaria, que despierta una mañana y le llama la atención que su mamá no la haya venido a levantar para ir al colegio. Como no escucha nada, despierta a su hermana menor, Blanquita, y juntas salen del dormitorio en busca de sus padres:

Blanquita también se dio cuenta de que algo había pasado porque en el comedor había un desbarajuste bárbaro. Los libros estaban en el suelo y algunos rotos. Las sillas, cambiadas de lugar. Y bueno, para qué le voy a seguir contando. Usted no vaya a decir nada, señor, pero yo tuve miedo. Llegamos a la pieza de ellos: la cama estaba vacía y deshecha, pero no como cuando se iban apurados. Deshecha del todo, hasta un poco corrida de lugar (p.4).

Planteado el desastre, Inés se pregunta:

Ahora no sé si había llegado ese día: que si pasaba algo y las nenas. Hablaban tanto... Papá siempre me abrazaba y me decía que yo iba a ser libre y Blanquita también. Como un pájaro. Que iba a ser amiga de muchos chicos y en el colegio para el día del niño todos iban a tener un juguete y que eso era la libertad por la que ellos peleaban. ¿Dónde?, me pregunto. Porque entre ellos no peleaban nunca. No, casi nunca. Y menos por la libertad, que también es eso de los juguetes ¿no? No estaba ninguno de los dos en toda la casa. Blanquita lloraba más fuerte que yo.’ (p. 5)

Pero notamos que Inés tiene un interlocutor, y es su maestra de grado, una voz silenciada que escucha todo el relato de la nena durante el recreo largo. Pero por qué esta nena viene a confesarle a la maestra sobre la desaparición de sus padres, a decirle que vive con sus abuelos y a pedirle que no repita nunca lo que le está contando... La composición, sí, una redacción que ha pedido la maestra sobre ‘la madre’:

Prométame señorita que usted no va a contar nada de lo que le digo. Mi abuela dice que es peligroso y no quiere. Usted cree que vivo con ella porque no tengo mamá, porque se fue de viaje o algo así -como dice mi abuela cuando alguien se muere-. Pero es mentira, seño. Le juro que es mentira. Yo tengo mamá. No sé dónde está, pero tengo. Ella decía otro mundo y eso a lo mejor es un poco lejos. La verdad que ahora sería bueno que invente un mundo mejor ¿no? porque es una porquería todo esto. (p. 6)

Como se lee en “La pedagogía del miedo”:

[...] Por aquellos años oscuros eran frecuentes las clases antisubversivas impartidas por altos oficiales de las tres fuerzas a docentes y alumnos de todas las escuelas del país. Buscaban así contrarrestar el “adoctrinamiento” que según ellos llevaban adelante los “elementos subversivos (Pigna, F. y Seoane, M., 2006: 30).

Tomemos aliento y sigamos con el segundo cuento: ‘No hay tumbas para la verdad’ de Graciela Bialet.

Esta autora cordobesa escribe ‘Los sapos de la memoria’, su primera novela que ha sido reeditada en seis ocasiones desde el 24 de marzo de 1997, día en que se presentó en la ciudad de Córdoba, Argentina.

Este texto nos permite introducirnos en la vida de los hijos de los desaparecidos, su protagonista Camilo, un joven de diecisiete años que perdió a sus padres durante el golpe de estado militar en los años 1976 a 1983 donde esta llevó adelante una guerra sucia en la línea del terrorismo de Estado que violó masivamente los derechos humanos y causó la desaparición de decenas de miles de opositores. Una de las víctimas fue Ana y Jorge, padres de Camilo, el adolescente huérfano. Camilo fue criado por su abuela Esther y su tío Hugo y Rogelio que fue compañero de Jorge en la celda. El adolescente tenía apenas dos años de vida cuando su padre fue el primero en ser detenido por los militares, y su madre fue llevada a la fuerza un tiempo después. Su padre fue arrestado a golpes y empujones por la fuerza de seguridad del ejército. Esther a pesar de todo rezaba por las injusticias y había quedado paralizada con lo sucedido, su hija Ana no descansó una noche, buscando a su marido y exigiendo justicia

Gracia a Rogelio, amigo de Jorge en la cárcel, Camilo pudo conocer más la vida de su padre, pero de su madre nada, era como si se la hubiera tragado la tierra... Camilo empezó a buscar respuestas sobre su madre con ayuda de Rogelio, así consigue el informe de la CONADEP en el que encuentra el nombre de su madre y lo que le había pasado, en el informe estaba escrito que a Ana la habían secuestrado y matado después de muchas torturas sufridas.

‘No hay tumbas para la verdad’ es en verdad el capítulo XVI de la novela, cuyo título verdadero es ‘No hay tumbas para la memoria’ y tiene como epígrafe un texto de un personaje de videojuegos chino Tekken que dice: ‘el que

salve una vida, salvará al mundo'. Y es verdad, se salva la vida de Camilo, desgraciadamente uno más de 'los hijos', al poder reconstruir el triste destino de su madre y recuperar aquella canción que ella cantaba en el encierro: 'Botón, botella, soy hija de las estrellas. Camilito, camilón, mi hijo será gorrión' Y por último, entremos en 'La mano en la pared' de Margara Averbach, no me detendré a hablar de la autora convencida de que todos la conocemos, al igual que de su obra. Este cuento pertenece a su contario 'Aquí donde estoy parada' (2002) y nos plantea la memoria de las madres que han perdido a sus hijos.

En este cuento encontramos a dos madres: "En el lugar donde conocí a Ester, yo era sobre todo madre. Cuando volvió a llamarme, me dijo que quería una vendedora. Ahora, las dos somos madres de nuevo, pero la palabra tiene un sentido distinto, casi opuesto."

Dos madres que dejan a sus hijos en la escuela, todos los días, día tras día, que cruzan algunas palabras sobre lo cotidiano. Una de ellas es vendedora de ollas y otros elementos de cocina:

A la entrada, "las madres" (en el espacio de esa manzana de veredas maltratadas, éramos siempre "las madres") apenas si nos saludábamos. (...) Me acercaba a "las madres" con eso en mente y pronto, estábamos compartiendo las pequeñas escenas de la vida, una discusión, un reproche, un asombro, un descubrimiento. (p. 5)

La otra madre, Ester, tenía dos hijos, Cata y Gerardo; la narradora, uno, Alberto. Los chicos compartían escuela, no vida, pero Cata llamaba la atención:

Recuerdo sus manos, en el aire, arreglando un mechón rebelde de las trenzas de Cata. Sí, de Cata me acuerdo también. Cuando volví a ver a Ester, no había pensado en su hija en mucho tiempo pero descubrí que me acordaba de ella. No hubo tiempo suficiente para acumular recuerdos, pero me había quedado con una cara cansada de quince años, el aburrimiento en los ojos, ¡Mamá!, dejame en paz que voy a llegar tarde. (p. 6)

Y el tiempo pasó, y fueron otras madres:

Después de la escuela, dejé de verla. Cuando las cosas se derrumbaron y empezaron a verse los espacios vacíos, los huecos oscuros, tuve miedo y les pedí a mis hijos que se fueran. En nuestra ceguera parcial de aquellos tiempos, pensábamos que cualquier ciudad era mejor que la nuestra y que tal vez, bastaba con correrlos a un costado unos kilómetros para evitar el espanto. Así que tampoco los veía a ellos. Apenas había cartas de vez en cuando. Y después, de pronto, en el año de la guerra, con los comunicados y las noticias falsas sobre las islas en los oídos, recibí un llamado. (p.7)

Entonces Ester era otra y ella también: una era la mamá de Cata y la otra la

mamá de Alberto. Ya nada era igual...la casa tan cuidada ahora parecía solo un cúmulo de papeles que se movía como manos atrapando el silencio. Todo tan igual, todo tan distinto, como esa manita en la pared, una mano grabada sobre la pared y:

Yo no sabía. ¿Quién hubiera podido contármelo? Mi Alberto se había ido lejos y por otra parte, nunca había sido muy amigo de Cata. Los otros eran más chicos y tampoco estaban. Ya no éramos “las madres”. No estábamos envueltas en la humareda tibia de los chismes. (p. 8)

Y allí despertar, ya no eran aquellas, ahora Ester era otra madre, y empezar a entender:

Ella me mostró las cartas. Ahora que Cata la estaba armando a ella de nuevo con su ausencia, ella quería armar a Cata con las palabras de otros. La vida de Ester era un movimiento hacia arriba, en picada, hacia la escena que yo no había olvidado, hacia ese ¡Mamá!, dejame en paz que voy a llegar a tarde, sobre las veredas maltratadas del colegio.

—Casi la mato cuando puso la mano sobre el enduido —me dijo.

Había sido dos días antes de los golpes en la puerta, dos días antes de las sirenas y los hombres y el Falcón y la no despedida. La voz de Ester se quebró en la segunda palabra. Casi la mato.

Apoyó los dedos demasiado grandes sobre la huella que siempre tendría dieciséis años. Ya no lloraba. (p.8)

A modo de conclusión quiero decir que este trabajo tiene un propósito que va más allá del recorrido de estos maravillosos textos y es formular la pregunta por la ausencia en las curriculas de una literatura de la memoria, pensada especialmente para chicos, dentro de las fronteras del género de la literatura infantojuvenil y capaz de circular en los ámbitos de la educación formal. ¿Qué es lo que se quiere proteger con ese gesto? Esconder lo malo, las brujas, los fantasmas, la muerte, son eternas discusiones en los ámbitos de selección del material. Cómo nombrar lo feo, lo terrible, lo siniestro... ¿Faltan las palabras para expresar lo vivido, faltan las palabras en la ficción para inscribir las huellas dolorosas del pasado o falta el compromiso para enseñar y comprometerse?³⁴

³⁴ Ver: Elizabeth Jelin, “Memorias en conflicto”, *Los puentes de la memoria*, La Plata: Centro de estudios por la memoria, Agosto 2000, p. 8. “Una de las características de las experiencias traumáticas es la masividad del impacto que provocan, creando un hueco en la capacidad de “ser hablado” o contado. Se provoca un agujero en la capacidad [de representación psíquica. Faltan las palabras, faltan los recuerdos. La memoria queda desarticulada y sólo aparecen huellas dolorosas, patologías y silencios. Lo traumático altera la temporalidad de otros procesos psíquicos y la memoria no los puede tomar, no puede recuperar ni transmitir o comunicar lo vivido”

La idea es buscar escrituras distintas que generen un cambio en las estructuras del sentir, que provoquen una nueva mirada capaz de introducir en el imaginario infantojuvenil un registro histórico, desde la escritura literaria de los hechos de la pasada dictadura.

Toda memoria es una construcción de memoria. Surge entonces la pregunta peligrosa: la literatura infantil de atreve a hablar de la memoria de los hechos traumáticos o este espacio queda reservado sólo para el género testimonio, voluntariamente alejado de la ficción y emparentado con las formas literarias del realismo decimonónico del siglo XIX?. ¿Cómo recuperar el espacio perdido de la fantasía en la literatura infantil y hablar desde allí de las memorias en conflicto (Jelin:2000)? ¿Cómo pensar un *Nunca más* significativo que transgreda el nunca más se hable. Si no se opera un cambio en los modos de producción y reproducción de esta escritura, el destino del nunca más será, probablemente, el olvido. Es como querer bajar del cielo el elefante que ocupaba mucho espacio en los años '70 sin llevar y traer letras en las mochilas y sin abrir otros espacios.

Datos sobre las autoras.

Silvia Shujer, nació en Olivos, provincia de Buenos Aires. cursó el Profesorado de Literatura, Latín y Castellano y asistió a numerosos cursos de perfeccionamiento en el área de las Letras. Fue directora del suplemento infantil del diario *La Voz* y realizó colaboraciones en distintos medios gráficos. Ha desarrollado una importante labor orientada a los niños en la Secretaría de Derechos Humanos del gremio de prensa y ha sido coordinadora general del Departamento de Promoción y Difusión de Libros para Chicos y Jóvenes de Editorial Sudamericana.

En reconocimiento a su labor literaria ha recibido numerosos premios y distinciones. Entre otros, el Premio Casa de las Américas 1986 por su obra *Cuentos y chinventos* y el Tercer Premio Nacional de Literatura por *Las visitas*, otorgado por la Secretaría de Cultura de la Nación, Buenos Aires, 1995. *Las visitas*, además, integró la lista de honor IBBY en 1994.

Entre sus más de setenta obras publicadas se encuentran: *Oliverio Juntapreguntas*, *Puro huesos*, *La abuela electrónica*, *Canciones de cuna para dormir cachorros*, *Pasen y Veán –canciones del circo–* y, en Alfaguara, *El tren más largo del mundo*, *Mucho perro*, *Las visitas*, *La cámara oculta*, *Un cuento de amor en mayo*, *El tesoro escondido* y *A la rumba luna*. Muchas de sus obras fueron traducidas a otros idiomas.

Graciela Bialet nació y vive en Córdoba. Es Comunicadora Social, Licenciada en Educación y Master en Lectura y Literatura Infantil. Trabajó como docente, coordinó talleres literarios para chicos, creó el programa “Volver a Leer” (premio Pregonero 2007) y se ha dedicado a los planes de lectura en ámbitos estatales. Como escritora, abordó la novela juvenil con títulos como *Los sapos de la memoria*, *Si tu signo no es cáncer*, *El jamón del sanguche*, y también cuentos para niños entre los que figuran *Caracoleando*, *Rada desencantada busca príncipe encantador*, *De boca en boca*. Claudia Degliuomini nació en Capital Federal y vive en Benavidez, provincia de Buenos Aires. Es egresada de la Academia Nacional de Bellas Artes, se dedica

a la ilustración de libros para chicos y colabora con editoriales de Argentina, Brasil, EE.UU., España, Italia, México, Puerto Rico y Reino Unido. Con sus ilustraciones participó en varias exposiciones alrededor del mundo y Pajarraigos fue destacado por ALIJA como el Mejor Libro Ilustrado de 2007.

Márgara Averbach, nació en la ciudad de Buenos Aires pero hasta los 6 años, vivió con sus abuelos en el Norte de Santa Fe. Es Doctora en Letras de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, en donde se desempeña como docente en la cátedra de Literatura Norteamericana y Traductora Literaria del IES Lenguas Vivas “J. R. Fernández”. Colabora en varios medios periodísticos como crítica literaria. Escribió libros académicos y libros de ficción para adultos, chicos y adolescentes. Entre otros: *El año de la Vaca* (destacado de ALIJA, 2004), *La luna en el armario*, *Puente*, *Tucán escribe una palabra*, *La charla*, *Una cuadra* (ganador el Premio Biblioteca Nacional de 2007), y la saga de magia *Historia de los cuatro rumbos*. Ganó el Premio de Cuento Infantil de las Madres de Plaza de Mayo en 1992, con *Jirafa azul, rinoceronte verde*; fue finalista del Premio Emecé con *Cuarto Menguante* y ganó el Premio Regional Cono Sur de Traducción de Unión Latina en 2007.

Bibliografía

Los textos para este trabajo son los provistos por el Plan Nacional de Lectura. Año 2012. Memoria en Palabras.

Arpes, M. y Ricaud, N. (2008). *Literatura infantil argentina. Infancia, política y mercado en la constitución de un género masivo*. Argentina. Editorial Stella.

Calveiro, P. (1998) *Poder y desaparición. Los campos de concentración en Argentina*. Argentina. Colihue.

Gociol, J e Invernizzi, H. (2003) .*Un golpe a los libros*.www.eBooks.com.es

Sardi, V. y Blake, C. (2011) *Poéticas para la infancia*. Argentina. La Bohemia.

Todorov, Tzvetan (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona. Paidós.